

Del poder de la voz a la voz del poder. Las estrategias del nacionalismo moderado en la fase de movimiento: Luis Muñoz Marín, 1920-1940.

En memoria de Sixta Pargas Fernández, que acudió al llamado con fe y esperanza, y para su hija, Rita Arrigoitia, obstinada, muy a pesar mío y de su familia, en creer.

Algunas (nunca todas) las cartas sobre la mesa

Antes de comenzar a presentar las estrategias que el nacionalismo moderado anticolonial desarrolló en el contexto histórico-social puertorriqueño, a través de la palabra de Luis Muñoz Marín, creo que sería prudente presentarles, aunque fuese someramente, las posiciones teórico-metodológicas sobre las que he sostenido mi lectura. De esa manera creo que puedo aclarar: a qué estrategias me refiero, qué es eso del nacionalismo moderado y que significa fase de movimiento. Quisiera decirles cómo he trabajado y cómo no he trabajado, trazar desde el comienzo una línea que les permita colocarse en el terreno de mi intervención diferenciando mi perspectiva de otros estilos y modos de abordar el mismo proyecto.

Mi trabajo investigativo ha girado alrededor del nacionalismo como fenómeno político y discursivo. He estudiado esta bidimensionalidad del nacionalismo a través de dos estrategias: por un lado, analizando y debatiendo con las teorías o perspectivas que lo han estudiado y, por otro lado, investigando el campo discursivo nacionalista en el mundo colonial en el contexto histórico-social a la sociedad puertorriqueña entre 1920 y 1940.

El estudio de diferentes enfoques teóricos que analizan el nacionalismo, particularmente en el contexto colonial, me llevó a decidirme por los planteamientos que elaboró en su estudio del nacionalismo en la India, Partha Chatterjee. En dos textos fundamentales, *Nationalist Thought and the Colonial World. A Derivative Discourse?* y

The Nation and Its Frgments, el intelectual indio desarrolló una serie de planteamientos teórico-metodológicos que me parecen herramientas indispensables para genealogizar y deconstruir el discurso nacionalista descifrando sus estrategias de inventar identidades, su carácter polémico, sus fases o momentos, los argumentos epistemológicos y éticos con que justificaba sus afirmaciones, sus proyectos económicos, políticos y culturales, sus agentes históricos y su paradójica combinación de tradición y modernidad.

Chatterjee sostiene que el nacionalismo es un campo discursivo plural y polémico cuya diversidad puede clasificarse en tres grandes momentos ideológico-políticos: una fase inicial o de arranque, en la que el nacionalismo es más un discurso de una ciudad letrada que se mantiene alejada de “la política”; una segunda fase de movimiento, en la que se trata de un discurso inmerso en la política, que adopta dos versiones fundamentales, una radical y una moderada, de plantearse la crítica y superación del orden colonial y una tercera fase, en la que el nacionalismo ha conquistado el poder político y se ha convertido en la voz del poder, o fase de llegada. Estas tres fases o momentos no pueden entenderse de forma lineal y evolutiva y, por lo tanto, es posible reconocer que en un determinado contexto histórico pueden coexistir relatos nacionalistas de cada uno de estos momentos y que incluso, luego de la llegada, el debate sobre lo nacional permanece abierto y el discurso nacionalista hegemónico resulta cuestionado por otras versiones de lo nacional. Para ilustrar esta pluralidad del campo nacionalista, sobre todo en la fase de arranque y movimiento, decidí utilizar, refiriéndome al caso de Puerto Rico, para la primera, la palabra de Antonio S. Pedreira, y para las dos versiones de la fase de movimiento a Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín.

¿Qué planteamientos, si algunos, añadí a este esquema? Fundamentalmente lo que hice fue que pluralizarlo aún más; es decir, traté de presentar que el nacionalismo anticolonial en su fase de arranque era ya un campo poblado con múltiples voces que cuestionaban el orden colonial y presenté, para el caso de Puerto Rico, a Pedreira debatiendo con otras voces que no escapaban de las murallas de la ciudad letrada puertorriqueña. Lo mismo hice para la fase de movimiento, sobre todo en el caso particular de la versión moderada. Aquí traté de insertar la reflexión muñocista en el interior de una tradición ya existente y donde habitaban lo que decidí llamar versiones conservadoras del nacionalismo moderado.

Este pluralismo me permitió resaltar la segunda característica del campo discursivo nacionalista anticolonial señalada por Chatterjee: su carácter polémico. El campo discursivo nacionalista es desde sus inicios un campo que debate en dos direcciones y de diversas maneras. Por un lado, cuestiona la realidad colonial y polemiza contra las distintas versiones que dan forma al campo discursivo colonialista, que busca legitimar la empresa de dominación y explotación del “otro subalterno”. Por otro lado, se agita en una polémica interna que se desarrolla tanto entre relatos pertenecientes a una misma fase, como entre discursos que podemos considerar propios de cada una de éstas. En el contexto puertorriqueño intenté tejer la red de un diálogo-debate entre discursos propios de la fase de arranque -Pedreira, Blanco, Palés, Belaval, Géigel-; las discrepancias y continuidades con la voz radical del nacionalismo de movimiento, que ilustraba Albizu, y con el nacionalismo moderado de movimiento que se ponía de manifiesto en las palabras de Muñoz y, más aún, puse a este último a polemizar en el interior de su propia tradición moderada con otras versiones conservadoras de las que

busco insistentemente diferenciarse a lo largo de las primeras dos décadas de su vida política.

El esfuerzo por genealogizar y deconstruir los relatos que poblaban el campo nacionalista anticolonial puertorriqueño lo realicé fundamentalmente a partir de lo que Chatterjee consideró la problemática y la temática del discurso nacionalista. En la zona de su problemática era posible analizar sus formas de inventar identidades, las estrategias diferenciadoras del “nosotros” y “los otros”, las propuestas económicas, políticas y culturales y los sujetos dirigentes del proyecto de renovación. En su zona temática era posible encontrar las justificaciones epistemológicas y éticas que había elaborado para defender lo afirmado en la problemática, -sobre todo, la identidad nacional- y una estrategia central que consistía en diferenciar entre lo material y lo espiritual. Ésta le permitía aceptar y rechazar las posiciones del discurso colonialista y posicionarse ambivalentemente frente a la tradición y la modernidad.

¿Cuáles son algunas de mis conclusiones y en qué se diferencian de las realizadas por otros investigadores? Sostengo, en primer lugar, que el nacionalismo es un campo plural y no unívoco. No existe “el” nacionalismo sino discursos nacionalistas variados que operan en distintos contextos ideológico-políticos. En segundo lugar, considero que el nacionalismo anticolonial es un discurso de resistencia que entabla un debate contra la realidad colonial y el campo discursivo colonialista que la legitima y que, para llevar a cabo este debate, toma prestado elementos epistemológicos y éticos de la propia tradición colonialista pero los transforma de forma creativa, combinando posiciones de otros campos discursivos tradicionales y modernos. En tercer lugar, afirmo que el carácter polémico del discurso nacionalista no opera sólo hacia ese exterior que es el discurso

colonialista sino también hacia su interior, como una lucha entre las voces nacionalistas que aspiran a tornarse discurso hegemónico y sumergir, a través de una hegemonía pasiva (transformismo) o activa, los otros relatos nacionales. Sobre este doble combate y sobre las estrategias elaboradas por el nacionalismo moderado para hacerse hegemónico, de manera activa y pasiva, es sobre lo que quisiera compartir con ustedes algunas ideas.

Pero antes, y desde lo afirmado, quisiera decir lo que no hago. No tomo un campo discursivo, el nacionalista, y lo reduzco a un discurso unívoco y maldito. Defiendo, por el contrario, la tesis de que para comprenderlo es necesario reconocer su pluralidad y sus momentos y de que genealogizarlo y deconstruirlo conlleva reconocer su creatividad y sus paradojas.

En segundo lugar, no tomo a un individuo, convertido en autor, y lo convierto en un discurso. El objeto de mi reflexión es un campo discursivo político que posee, más allá de los sujetos que lo hacen suyo, sus propias reglas de enunciación, sus criterios de saber y sus efectos de poder. Mi investigación es sobre un discurso político y no pretende ser la biografía de una o varias personas.

En tercer lugar, y esto a partir del punto anterior, no explico el campo discursivo nacionalista elaborando un diagnóstico de la personalidad del sujeto que lo hace suyo; no hago psicologismos y, por lo tanto, no explico las posiciones de un discurso como el resultado del color de la piel de un autor, el amor por el tabaco o el alcohol que pueda profesar, la opinión de su ex mujer o algún vacío espiritual o moral.

En cuarto lugar, no tomo a un autor para reproducir sus palabras, es decir, para asumir su discurso como la verdad. El trabajo del genealogista y del deconstrutor es exactamente someterlo todo al poder de la interrogación, precisar los fundamentos

epistemológicos y éticos que construyen verdades que tienen efectos de poder. No acepto lo que un autor dice de sí como verdadero y no me dedico a reproducir su interpretación. Así, por ejemplo, no creo que pueda hablarse de un Muñoz radical porque él se autodesigne de esa manera o que se pueda explicar su cambio político-ideológico por la interpretación que él mismo hace de su contacto con algún jíbaro en no se que carretera.

En quinto lugar, no hago cronología existencial, no hablo de la juventud, de la madurez o de la senectud de un autor, no me interesa saber cuando escribió su primer poema o cuando apareció en su boca juvenil la palabra sagrada o significativa. Analizo el discurso para reconocer sus reglas y destacar en el autor su creatividad y sus paradojas pero no para precisar comienzos y evoluciones ideológicas. No hablo de ideas de juventud o de ideas de madurez, esas distinciones no son necesarias para precisar las formas de un discurso como el nacionalista en cualquiera de sus fases.

Permítanme, sin abusar de ustedes, enseñar algunas otras cartas teórico-metodológicas que nos ayuden a precisar qué es lo que pretendo decir cuando sostengo que voy a analizar las estrategias que el nacionalismo moderado muñocista desarrolló para hacerse hegemónico. Siguiendo algunos planteamientos desarrollados por Antonio Gramsci en sus *Cuadernos de la cárcel*, precisamente escritos durante esas dos décadas que nos sirven de época histórica para nuestra reflexión, podemos decir que la hegemonía es un concepto que refiere a la capacidad política que demuestra una clase o un grupo social para superar su conciencia inmediata económico-corporativa y proponer, a partir de la elaboración de una concepción de mundo o de una filosofía, un proyecto histórico capaz de seducir a otras clases y sectores sociales que pasan a constituir, junto con ella, un bloque histórico. La hegemonía refiere pues, a la capacidad dirigente de una clase o

grupo sobre otras clases y grupos auxiliares y subordinados; refiere al poder de persuasión o de construcción del consenso y no a la fuerza o a la coerción.

Para conquistar el poder político, una clase o grupo social tiene que contar con intelectuales orgánicos que elaboren una concepción de mundo que le permita fijar un horizonte histórico. Esa concepción de mundo se teje en una relación de diálogo-debate con otras interpretaciones de mundo elaboradas por los intelectuales orgánicos de otras clases y sectores sociales. El diálogo que supone la hegemonía es siempre una relación de poder –de construcción del poder consensual- y se entabla de distintas maneras con distintos interlocutores. Frente al poderoso, y desde el lugar del débil, el diálogo reclama posiciones de igualdad que hagan posible acuerdos de mutua conveniencia; frente a los “otros subalternos”, supone la superioridad del propietario de la voz enunciativa que asume su representación o habla “por” el otro.

Se torna hegemónica una clase cuando logra la incorporación activa o pasiva de los otros sectores sociales y esto lo realiza “pactando” o negociando lugares en el proyecto material y espiritual que propone como guía histórica. La hegemonía, y esto es importante, no es engaño o poder para enajenar al otro mediante el dominio ideológico, entendiendo la ideología como una falsa conciencia. La hegemonía sólo se realiza mediante el diálogo y las concesiones y significa la transformación de un grupo de poder en grupo dirigente. La hegemonía supone la posesión de una concepción de mundo que le permite a una clase o grupo asocial presentarse como clase nacional, como representante de la nación como un todo unificado. Esta se constituye de dos maneras. Por un lado, como hegemonía pasiva, o transformismo, que consiste en la absorción gradual o la neutralización de elementos de otros grupos sociales antagónicos y que puede ser

molecular, y referir a individuos o personalidades del otro bloque dirigente o de otra clase, o grupal, y referir a la neutralización o a la pasividad de otras clases subalternas; Por otro lado, como hegemonía expansiva que conlleva el consenso activo de otras clases y sectores que se movilizan políticamente para constituir un bloque histórico de poder. Para Gramsci, la primera era la forma de hegemonía propia de contextos histórico sociales que se iniciaban en la modernidad por la vía de la revolución pasiva y la segunda la que se había realizado en contextos histórico-sociales que adoptaron el modelo revolucionario jacobino.

Siguiendo los planteamientos de Gramsci podemos decir que en el mundo colonial del siglo XX, la modernidad capitalista no pudo realizarse mediante el modelo jacobino de revolución total y que el camino hacia el capitalismo y el estado-nación adoptó la vía que el pensador italiano denominó “revolución pasiva”. La burguesía nativa, incapaz material y espiritualmente de enfrentar el poderío imperial, necesitó elaborar, a través de sus intelectuales orgánicos, una compleja red de diálogos, negociaciones, controles y seducciones, tanto con el “Otro metropolitano” poderoso, como con las masas populares que constituían el “Otro interior” ha representar y dirigir y que necesitaban movilizar para sustentar su poder frente al “Otro metropolitano”. Doble esfuerzo pues ese de resistir y sentar en la mesa de negociaciones al poder imperial y, al mismo tiempo, articular una concepción de mundo integradora capaz de construir un bloque histórico que le permitiese a las clases propietarias, apoyadas en la movilización popular, proponer la “revolución-restauración del orden político. La tesis gramsciana para el caso de Italia, que luego retoma Chatterjee para reflexionar el caso de la India, y que me parece interesante para pensar el proceso histórico-político puertorriqueño, es que en

el proceso de establecer la modernidad capitalista, en países que se integran tardíamente al desarrollo capitalista o en el mundo colonial, aparecen dos versiones nacionalistas de movimiento, una radical y otra moderada, y que las condiciones de las clases propietarias, con vocación hegemónica nacional, no pueden adoptar el jacobinismo de la propuesta del nacionalismo de movimiento radical y se deciden por esa versión moderada del nacionalismo que termina, apropiándose molecular y activamente de los elementos del nacionalismo radical y de las masas populares. Si lo traduzco al caso de puerto Rico: que en el proceso de cuestionar el orden colonial y proponer una modernidad capitalista alternativa y formas de gobierno propio, las clases propietarias no podían inclinarse a favor del mesianismo jacobino albizuista y optaron por la moderación negociadora que supo articular el nacionalismo moderado muñocista. El discurso nacionalista moderado de la fase de movimiento se hizo hegemónico y se convirtió en discurso de llegada: el poder de la voz del “Panfletista de Dios” se transmutó en la voz del poder, y eso no es un logro accidental y minúsculo que pueda explicarse por cualidades subjetivas.

Estrategias para la construcción de la hegemonía

Lo que pretendo hoy compartir con ustedes es entonces lo que considero algunas de las estrategias que desarrolló el nacionalismo moderado muñocista de la fase de movimiento para articular su hegemonía en el ámbito político y en el interior del campo discursivo nacionalista. En otras palabras, mirar las múltiples direcciones y los múltiples interlocutores políticos y discursivos con los que diálogo-debatí, -y otros a los que se opuso tenazmente-, para poder constituirse como discurso hegemónico e iniciar una paradójica fase de llegada. Permítanme presentar ahora mis tesis sobre las estrategias del

nacionalismo moderado muñocista que hicieron posible que el poder seductor de su voz se tornara en la voz del poder.

La tradición discursiva moderada del discurso nacionalista no comenzó con Muñoz Marín, sino que fue el producto de las elites políticas y letradas que se vieron sometidas a condiciones de subalternidad o debilidad frente a un nuevo “Otro metropolitano”. Para poder responder a los supuestos y estereotipos, infantilizadores y/o racialistas, que el discurso imperialista norteamericano tejió acerca de sus subalternos, las elites propietarias políticas y letradas tuvieron que elaborar un discurso identitario que le permitiese resistir el proyecto deshumanizador del Poder y construirse los instrumentos discursivos y políticos que hiciesen posible la formación de su hegemonía en el interior del mundo colonial. En este sentido, considero que el nacionalismo moderado comenzó a hilvanarse a partir de 1898 y, claro está, hay que destacar que en su interior el proyecto político soberanista apenas comenzó a esbozarse y fue considerado durante mucho tiempo una solución de la condición colonial cargada de peligro. En las primeras dos décadas de dominación norteamericana, la estrategia del nacionalismo moderado fue proponer al Otro imperial un diálogo entre iguales que culminara en un pacto político de autogobierno. El proyecto soberanista quedaba reducido a un “refugio moral” frente al desdén del poderoso y opciones como el territorio y la anexión se consideraban como soluciones legítimas del orden colonial.

El nacionalismo moderado fue, desde sus comienzos, un discurso ambivalente que aceptó y rechazó los planteamientos del discurso imperialista: aceptó las limitaciones materiales (económico-políticas) que el poderoso consideraba que caracterizaban al mundo subalterno; pero rechazó la afirmación de su inferioridad espiritual o cultural. Esta

ambivalencia o paradoja le permitió, por un lado, aceptar al poderoso como “ideal del yo” u “Otro significativo” al que había que imitar y, por otro lado, considerarlo un poder civilizador obligado moralmente a ayudar al rezagado en su viaje a la modernidad. El concepto clave fue el del “pueblo amigo de los Estados Unidos” y el reclamo político principal el del reconocimiento mutuo que hiciese posible, desde un plano de igualdad, coincidir en una propuesta modernizadora. La estrategia del nacionalismo moderado fue proponer al Otro imperial un diálogo entre iguales que culminara en un pacto político de autogobierno.

Otra posición política y discursiva del nacionalismo moderado es creer en que es posible y necesario transformar el orden colonial sin antagonizar con el Otro imperial. La vía jacobina queda descartada y la estrategia consiste en modificar, de forma paulatina y pacífica, el mundo colonial hasta que en el futuro se presenten las condiciones que hagan posible una solución definitiva. Mientras tanto, los problemas económico-sociales se tornan prioritarios y el tema del estatus queda relegado para coyunturas de crisis.

Luís Muñoz Marín no fue pues el fundador de la tradición del nacionalismo moderado pero en su interior realizó un arduo trabajo de innovación teórico-política y organizativa. En plena década de crisis política para el nacionalismo moderado y su Partido Unionista, el poder de la voz del letrado se sumó a la tribuna socialista, cuestionó tradiciones político partidistas, enfrentó los desmanes de los malos gobernantes nombrados por Washington, combatió a las fuerzas vivas del capital, atacó a la Alianza como un disparate político, postuló la necesidad de la independencia, advirtió los peligros de la desigualdad económica, ayudó a fundar un partido, se convirtió en Senador, se definió como el portavoz del Nuevo Trato en Puerto Rico, enfrentó el tono rencoroso del

proyecto Tydings, impulsó la estrategia del retraimiento, fundó otro Partido y lo dirigió y se lanzó a una campaña política y triunfó.

Para poder convertirse en voz hegemónica en el interior del nacionalismo moderado y en el país, Muñoz tuvo que realizar un diálogo-debate en múltiples direcciones. En primer lugar, tuvo que defender su autonomía intelectual y política frente a las perspectivas y tendencias conservadoras que dominaban el nacionalismo moderado y su organización política, el Partido Unionista. Contra esa tradición, que defendía los intereses de las clases propietarias norteamericanas y criollas, y atento a las luchas de las masas trabajadoras que se desbordaban políticamente en el partido Socialista dirigido por Santiago Iglesias Pantín, propuso como proyecto una modernidad integradora que se edificase sobre un capitalismo de competencia que asegurase un lugar para todos en el viaje a la modernidad. Muñoz advertía a la burguesía conservadora y a su partido político que su hegemonía sólo podía continuar si asumía un proyecto que, al mismo tiempo que sedujese e hiciese justicia a las clases trabajadoras, la protegiese de la avaricia desmedida del capital corporativo absentista. El nacionalismo moderado conservador era una defensa miope de los intereses económico-corporativos de las clases propietarias, el canto de una clase que, emborrachada con los efluvios de la caña, descuidaba la necesidad de elaborar una propuesta económica que hiciese posible la justicia social y la reorganización material de todas las clases que constituían la nación subalterna. El nacionalismo moderado muñocista invitaba al nacionalismo moderado conservador a una autocrítica y no pretendía antagonizar con el mismo. Su propuesta económica liberal transclasista buscaba instalar un capitalismo de competencia equilibrado que permitiese

desarrollar una economía estable y diversificada que acogiera a todos, tanto al capital norteamericano y criollo, como a los sectores trabajadores.

El segundo ataque frontal que desató contra el nacionalismo moderado conservador fue a su falso patriotismo. El sector conservador dentro del unionismo había manejado las consignas patrióticas como un señuelo electoral para atraer a las masas trabajadoras a su partido, pero el suyo era un retoricismo patriótico hueco, culturalista y elitista. El nacionalismo moderado conservador todavía se adhería a un proyecto reformista autonomista ya superado y había que reconocer que el tiempo histórico había hecho madurar finalmente la solución soberanista. La independencia como solución al problema del estatus era el ideal de madurez, “la fuerza moral de un ideal definitivo” contra la condición del “esclavo agradecido”, la bandera a enarbolar en el interior de la tradición nacionalista moderada para diferenciarse del patriotismo caduco de los conservadores. La importancia de esta línea de combate varió a lo largo del período que transcurre entre 1920-1940, pero, no obstante, fue una constante para identificarse, establecer fronteras, erigirse en el portavoz de un gran principio.

La crítica realizada contra la burguesía criolla y el nacionalismo moderado conservador, por mostrarse insensibles frente a las condiciones paupérrimas de las clases populares, le permitió desplegar su propuesta integradora en otra dirección: hacia el movimiento obrero. El propósito de este esfuerzo por incorporar activamente al proletariado era doble: reconstruir la hegemonía de la burguesía criolla y su liderazgo personal. Muñoz militó, aunque por poco tiempo, en las filas del Partido Socialista y luego insistió, contra el fenómeno político de una Alianza que había servido para consolidar al sector conservador dentro del nacionalismo moderado y su organización

política, que el verdadero pacto político sólo podía surgir del diálogo entre Iglesias y Barceló. En la época de la sociedad de masas y del sufragio universal masculino era indispensable realizar la apropiación activa de esta “masa de hombres hambrientos”, invitarlos al viaje “hacia la gran aurora”, movilizarlos políticamente como fuerza para reclamarle a poderoso que se sentase en la mesa de conversación para resolver el problema del estatus y como pacto convivencial con el capital.

Su propuesta económica fue, sin lugar a dudas, una de las principales estrategias de seducción para las clases propietarias y populares y lo proyectaba como un líder político con un plan concreto para enfrentar la descomposición de la nación. Aquí hay que reconocer que muchos de los puntos que presentó eran compartidos con otros relatos nacionalistas de las fases de arranque y movimiento y que incluso podemos encontrarlos en el campo intelectual de otros países del Caribe o Latinoamericana. No obstante, pocos como él, en el interior del nacionalismo moderado insistieron en la importancia de la cuestión económico-social.

Para Muñoz, el problema económico-social de Puerto Rico era el producto de un capitalismo salvaje que había convertido la economía isleña en un cañaveral devorador. Con la llegada norteamericana, un capital absentista avaro se lanzó a la conquista del territorio y convirtió a la Isla, que había estado caracterizada por una economía balanceada de hacendados y pequeños propietarios campesinos, en una economía agroexportadora dominada por el monocultivo y la fuga de capital. Haciendo caso omiso de las leyes del propio Estado norteamericano, el latifundio cañero devoró la naturaleza, desplazó de la tierra a la masa campesina, redujo la vieja clase propietaria a simples colonos y sobreexplotó la mano de obra del trabajador puertorriqueño con salarios

miserables y el abandono del tiempo muerto. Además, el monocultivo azucarero era una economía artificial subsidiada por el Estado metropolitano que nos había convertido en consumidores de productos importados transportados con los criterios de unas leyes de Cabotaje que encarecían los mismos, culminando la pauperización inmisericorde de los puertorriqueños.

La propuesta económica muñocista tenía un doble propósito: fortalecer la base económica de la clase propietaria criolla y crear mejores condiciones de vida para la masa de campesinos y obreros asalariados. El proyecto era también una propuesta política para que la clase propietaria se convirtiera en clase nacional y superase la estrechez de miras de sus intereses económicos inmediatos. La economía azucarera y el latifundio eran peligros que asediaban a la propia clase propietaria y se equivocaba el que creyese que estas podrían continuar disfrutando su riqueza al lado de la pobreza abrumadora del pueblo. La reconstrucción de la hegemonía exigía incorporar activamente a las masas ofreciéndoles un lugar en el desarrollo económico del país.

El proyecto económico del nacionalismo moderado muñocista no era socialista y claro está, no tenía por que serlo. Se trataba, como en todas las otras versiones que poblaban el campo discursivo nacionalista, de una propuesta para establecer un capitalismo competitivo balanceado donde una burguesía criolla, junto al capital norteamericano, dieran impulso a una economía que hiciese posible asegurar el bienestar de todos los puertorriqueños. Para que esta empresa pudiese realizarse felizmente, la elite política debía funcionar como agente abnegado y responsable en el interior de un Estado-gobierno interventor. El muñocismo proponía una reforma agraria que no afectara la economía azucarera y permitiese resolver el problema de acceso a la tierra y de productos

de primera necesidad de los sectores populares, una diversificación de la agricultura que ayudará a disminuir la dependencia de los productos importados y proponía una lenta, pero inevitable, transición desde el azúcar hacia una economía industrial que podría sostenerse en los atractivos que representaban una mano de obra barata, el potencial del mercado local, el acceso a los mercados norteamericanos, caribeños y latinoamericanos, los recursos hidráulicos y la paz social que imperaba en el país. Para reforzar los planes económicos había que añadir políticas para fomentar la emigración de los puertorriqueños y el control de la natalidad como formas de enfrentar el problema de la sobrepoblación.

Durante buena parte de la década del 20, el nacionalismo moderado muñocista consideró que las soluciones a los problemas de la sociedad puertorriqueña sólo podían encontrarse si se combinaba adecuadamente los reclamos políticos y la propuesta económica. El error de socialistas y unionistas había sido mantener separadas estas dos dimensiones y lo que había que reconocer es que eran inseparables. Pero lentamente, según el debate sobre los principios que tienen que ver con “lo” político fue quedando relegado a un segundo plano por las acciones correctivas inmediatas que necesitaban activarse en “la política” para dar impulso a la economía, el tema de la independencia comenzará a separarse de la propuesta modernizadora hasta convertirse exactamente en su enemigo. La importancia de lo económico social a resolver en “la política” provocará dos creencias: que la modernización puede iniciarse dentro el orden colonial y, más tarde, que los ideales de “lo político”, es decir la independencia como solución al problema del estatus, pueden convertirse en obstáculos para el esfuerzo modernizador.

Ya hemos señalado que una de las características principales del discurso nacionalista anticolonial es cuestionar el orden colonial y confrontar el campo discursivo colonialista que lo legitima. Esto significa entablar un diálogo-debate con el Otro metropolitano. El nacionalismo moderado muñocista continuó dentro de la tradición moderada considerando que Washington era un poder civilizador benévolo lo suficientemente ilustrado como para corregir sus propio errores. Pero algo sumó a esta postura tradicional. En primer lugar, su conocimiento de la realidad norteamericana era sin lugar a dudas superior a la de los políticos del país y desde, *La Democracia*, se dio a la tarea de presentarle a los puertorriqueños un Estados Unidos dual en el que combatían dos fuerzas históricas: la del conservadurismo racialista y el fanatismo religioso contra la mentalidad democrático liberal racionalista y solidaria. Para Muñoz, lo que los puertorriqueños tenían que saber era la existencia de este dualismo político en el interior del Estado metropolitano y apoyar a las fuerzas progresistas metropolitanas contra las tendencias conservadoras.

Lo mismo era lo que le explicaba a las fuerzas progresistas del Otro metropolitano. El colonialismo era un desliz imperdonable en la historia política norteamericana y para superarlo, los políticos norteamericanos progresistas debían reconocer y apoyar a las fuerzas progresistas de un nacionalismo moderado con el que tenían, muchos e importantes, puntos en común. Estados Unidos tenía un compromiso moral con Puerto Rico y los sectores progresistas norteamericanos no podían permitir que los imperialistas mancharan la reputación mundial de su país. Sin embargo, y en esto se mantuvo fiel a la tradición moderada, su crítica al colonialismo se hacía sin antagonizar con el poder metropolitano. Cuando Washington se equivocaba, el espíritu moderado se

levantaba combativo pero se inclinaba a reducirlo todo a un problema personal y no a la condición colonial. El teórico de la soberanía aceptaba, con cautela sospechosa, los nuevos nombramientos del amo benévolo e ilustrado y hasta cometió el error de desbordarse en elogios apresurados para un gobernador de turno. Muñoz era consciente de que para convertirse en voz del poder necesitaba contar con el apoyo de importantes sectores en Washington. Su propuesta para el “Otro metropolitano” era el establecimiento de un diálogo sobre la base de principios y aspiraciones compartidos. Lo que sucedía en Puerto Rico no era el combate irreconciliable entre dos naciones enemigas, sino un contacto histórico que, mediante el diálogo, debía convertirse en acuerdo político. En este sentido, su proyecto de independencia no cuestionaba ni siquiera la presencia militar norteamericana en zonas importantes de la Isla y de ninguna manera podía interpretarse como el cierre de los puentes que comunicaban con la metrópoli.

En su diálogo con el “Otro imperial”, el nacionalismo moderado tuvo que definir a Puerto Rico como una nación poseedora de una personalidad propia ya realizada históricamente para el tiempo de la invasión norteamericana. En escritos importantes publicados en periódicos y revistas de los Estados Unidos es posible encontrar su metarrelato nacional y comprender como el mismo servía para articular la hegemonía conversando con el Otro poderoso y la población isleña. En su relación con el “Otro imperial”, la identidad era su carta de presentación como sujeto histórico capacitado para hablar en un plano de igualdad con el poderoso y para dirigir las riendas del gobierno local y hasta autogobernarse plenamente. En su relación con el espacio puertorriqueño, la identidad inventada le permitía discutir con otras versiones nacionalistas, tanto de otras

fases o momentos como en el interior de la tradición moderada. Además, le servía de bandera política en su lucha contra el anexionismo criollo.

¿Y de qué nación se trataba? Sin lugar a dudas de una comunidad ya constituida al momento de la invasión norteamericana. Durante el siglo XIX, la nación puertorriqueña había logrado superar los obstáculos que impedían su realización histórica y habían desarrollado un campo letrado y una reconciliación social, racial y política que le había permitido abolir la esclavitud voluntariamente. Se trataba de la formación pacífica de una nación que, sin ser perfecta, podía sostenerse con dignidad y asegurar su destino mediante la camaradería, la generosidad, el paternalismo y la tolerancia religiosa.

¿Quiénes habían ayudado a construir esta nación convivencial y qué lugar ocupaba en ella sus sectores populares? La posición del nacionalismo muñocista es una compartida en todo el campo nacionalista puertorriqueño de su época. Los dirigentes de la empresa fundacional eran las elites propietarias del mundo material y espiritual que habían dominado la naturaleza y plasmado en letra, con un trazo original, su sensibilidad. Propietarios de la tierra y la palabra eran la vanguardia del espíritu colectivo.

Y entonces, ¿qué lugar era el que le correspondía a los sectores populares? El nacionalismo moderado de la fase de movimiento retomó algunos aspectos de la lectura que había realizado la ciudad letrada criolla de finales del siglo XIX y comienzos del XX, pero también aportó un acento particular. Como nuestros letrados decimonónicos, Muñoz consideraba a las masas populares como víctimas de la explotación económica y la pobreza. Lo que para muchos era un problema de debilidad racial o moral, para él se trataba del resultado de una injusticia social. Este hombre-masa poseía cualidades fundamentales que le habían permitido sobrevivir y entre estas se destacaban la bondad,

la hospitalidad, el tesón y una buena dosis de suspicacia. Para impulsarlos hacia adelante había que comenzar transformando sus condiciones materiales, devolverles la tierra que habían perdido y demandar mejores salarios para los que trabajaban. Solo después adquiriría importancia la educación.

El nacionalismo moderado reconocía también que este elemento popular adquiriría un papel cada vez más protagónico en la vida pública del país. Por lo tanto, la tarea de las elites letradas y políticas era comunicarse con ellos, ofrecerles proyectos de regeneración material y espiritual, invitarlos al viaje de la modernidad. No obstante, es importante destacar que si bien el nacionalismo moderado de la fase de movimiento ya no adopta el modelo de hablar “de” lo popular como de un problema, ahora a lo que aspira es a fundamentar su poder de representación sobre el otro. El diálogo que entabla con los sectores populares no es un diálogo entre iguales: los sectores populares carecen de la capacidad para encontrar por sí mismo la solución de sus problemas y necesitan de la voz iluminada del liderato responsable para poder orientarse en el tiempo. En el nacionalismo moderado, el intelectual moderno funda su poder de representación en el poder de su interpretación, los fundamentos racionales y, por lo tanto verdaderos, con que explica la realidad o el tiempo histórico presente son los que legitiman su deseo de representación, como deseo de servicio. La voz del Otro popular habla y dice sus problemas pero no puede encontrar soluciones. Su tarea consiste en escuchar, comprender y en creer al propietario del saber: al líder. El bloque que proponía el nacionalismo moderado muñocista es un bloque con dirigentes y dirigidos. Los primeros poseían tres cualidades fundamentales: inteligencia, autoridad y eficacia. Los segundos debían simplemente cumplir con sus funciones: trabajar y obedecer las reglas que habrá de establecer la

propiedad y la inteligencia para proveerles de “alimentos, vestidos, albergue, salud y educación”.

Para hacerse hegemónico, el nacionalismo moderado de la fase de movimiento tiene que apropiarse de algunos de los elementos postulados por el nacionalismo radical. ¿Qué elementos podemos reconocer en este proceso? En primer lugar, el nacionalismo moderado se apropió del proyecto soberanista y de la crítica más decidida al colonialismo, el imperialismo y el capital absentista. Se apropió también de sus iconos, como la bandera, y de sus proyectos, como la Constituyente. Reconociendo la ambigüedad constitutiva del lenguaje resemantizó las nociones revolucionarias de libertad, igualdad y valor. A la primera la despojó de todo significado político soberanista; a la segunda la redujo a una cuestión de justicia social y a la tercera la traslado de actitud central del patriota en alabanza para el veterano de guerra en el ejército norteamericano.

Permítanme concluir con una pregunta. ¿Qué queda vivo de este Muñoz o qué podemos retomar de este estrategia político? En una novela histórica por demás interesante, *El imperio perdido*, José María Pérez Gay señalaba que “la verdadera ironía no es profanación sino ternura y desencanto, un acto piadoso e inclemente al mismo tiempo. La ironía es protección de los afectos y proyección del sentimiento”. Quiero asumir su explicación de la ironía para responder a esta interrogante de cierre, que es claramente una apertura y una problematización. En este presente nuestro, cuando volvemos a tropezar con las “estadísticas halagüeñas y las realidades alarmantes”, cuando un policía en chaqueta toma decisiones sobre la vida y la privacidad de los puertorriqueños mientras nuestros políticos al mando del gobierno local aceptan

públicamente no saber nada de lo que sucede, quizás estamos en el punto de una coyuntura que nos “obliga a crecer”; quizás podamos comenzar a comprender que la opción asumida en un momento histórico ha quedado superada y haga falta “un político con algo de poesía en la mochila” que ayude a la resurrección de “la fuerza moral de un ideal definitivo”; quizás va siendo tiempo ya de que superemos, de una vez y para siempre, “la condición de un esclavo agradecido” y de que construyamos un orden político que nos proteja de los peligros de ese “elefante trotando sobre una colonia de hormigas”; quizás el mejor homenaje que le podemos rendir aquí, en su hogar, son sus propias palabras, esas que afirmaban la necesidad de “una dosis de soberanía sin adulterar” y la voz conmovida que ante el Padre decía: “Ofrendamos ante tu tumba, Luis Muñoz Rivera, lo que sabemos más puedes agradecer en tu inmortalidad: un pueblo de hombres que se levantan de su ñangotamiento con la fuerza de la esperanza, que es la fuerza de Dios en el corazón de los pueblos; un pueblo como tú lo quisiste y lo soñaste: noble y altivo, generoso y bravo”.